Manual de periodismo científico

Navegando entre dos aguas

René Anaya

PAX

Índice

Los detectives de la ciencia y el periodismo
José Gordón 13

Presentación 17
Navegando entre dos aguas 21
Los mitos de la ciencia 23
Divulgación científica 28
Periodismo científico 30
Las máximas de la comunicación verdadera 34
El contexto noticioso 41
La narración como núcleo informativo 47
Funciones 57
Compartir el conocimiento 57
Informar de los acontecimientos en su debido contexto 58
Alentar una actitud crítica 58
Combatir la pseudociencia 60
Colaborar en la tarea de elevar el nivel educativo y cultural de la población 63
Destacar la importancia de la ciencia y la tecnología para el desarrollo del país 64
Contribuir a fortalecer una infraestructura de comunicación de la ciencia 66
Una historia que falta por contar 69
Del dato a la nota informativa científica 77
Las opiniones en la noticia 82
Orientaciones para la búsqueda de noticias 84
Elementos que conforman la noticia o noticiabilidad 89

Actualidad 89
Proximidad 89
Prominencia 90
Curiosidad 90
Conflicto o drama 90
Suspenso 92
Emoción o interés humano 92
Consecuencias 93
Noticiabilidad 93
La pirámide invertida 94
La nota informativa en la red 97
Estructura de la noticia 100
Cabeza o titular y sumario o secundaria 100
Entrada 101
Ventana 106
Recomendaciones 111
El encuentro crucial de periodistas y científicos 113
El entrevistado 119
El entrevistador 121
El cortejo 123
Los preparativos 125
Las expectativas de la reunión 131
Las preguntas 135
Las clasificaciones 142
El salto mortal 145
Uno entre muchos métodos 146
El estilo de la entrevista 149
Los últimos obstáculos 151
La gesta científica y sus cantares 157
Las características del reportero 161
Clasificaciones del reportaje 166
La preparación del reportaje 171
Un buen principio 176
Desarrollo y remate 177
Bibliografía 181
Acerca del autor 191

Navegando entre dos aguas

Entre dos aguas, en medio de la nada o como una actividad cómoda en la que no se le puede exigir la precisión que se le pide a un científico ni la claridad que se espera de un periodista o relator, la divulgación y el periodismo científicos parecen estar condenados a recibir críticas y burlas de la comunidad científica y hasta de profesionales de la comunicación que consideran el periodismo científico como una especialización menor y la divulgación científica como un híbrido de géneros literarios.

De los divulgadores con formación científica se dice que lo hacen porque no pudieron ser investigadores, aunque muchos de los buenos divulgadores han sido científicos de reconocido prestigio, como fue el caso de Carl Sagan, a quien se le impidió su ingreso a la Academia de las Ciencias de Estados Unidos, no obstante que tenía más de cien artículos publicados en revistas arbitradas, así como aportaciones significativas en astronomía. Pero precisamente su vocación divulgadora se consideró "sintomática de su incapacidad para hacer ciencia", según denunció R. Olson (citado en Llácer y Ballesteros, 2012: 57). Lee Hotz, del diario *Los Angeles Times* argumentó que se negó el ingreso de Sagan a la Academia porque "era indecoroso ser tan popular, tan aplaudido y obtener tan jugosos contratos editoriales" (Hartz y Chappell, 2001: 88). Por su parte, Gould (1993: 9), prestigiado paleontólogo y divulgador de la ciencia, ha señalado diferencias en la percepción social del divulgador científico:

> En Francia (y en toda Europa), la *vulgarisation* cuenta entre las más altas tradiciones del humanismo y goza asimismo de un antiguo pedigrí: desde San

> Francisco, que conversaba con los animales, hasta Galileo, que eligió escribir sus dos grandes obras en italiano, en forma de diálogos entre profesor y estudiante, y no en el latín formal de iglesias y universidades. En los Estados Unidos, por razones que no comprendo (y que son realmente perversas), esto de escribir para los no científicos se encuentra emparedado por vituperios.

En los últimos años ha cambiado poco a poco esa situación, pero el estereotipo del científico alejado de la realidad se modifica lentamente; por ejemplo, algunos funcionarios conminan a los científicos a divulgar sus trabajos, como Daniel S. Goldin, administrador de la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio (NASA, por sus siglas en inglés) de 1992 a 2001 (citado en Hartz y Chappell, 2001: 83), quien consideraba: "si ellos pueden hacer las maravillas que hacen con la ciencia, también pueden tomarse el tiempo de explicarla en lenguaje común, entender que es el público el que financia gran parte de ese trabajo; ese público es el cliente, no sus pares investigadores. Una vez que esto se entienda, creo que habrá un cambio significativo".

Poco a poco se produce ese cambio, tanto entre los estadounidenses como entre nuestra comunidad científica. Cada vez hay más investigadores serios y prestigiados que incursionan en la divulgación científica sin recibir duras críticas y burlas de sus compañeros, pero todavía falta un buen trecho por recorrer.

De los periodistas científicos se comenta que se les envía a cubrir esas fuentes como castigo o se les llama científicos *light*, ya que se supone que pretenden entender la ciencia sin pasar por el duro proceso de la formación académica rigurosa. En Gran Bretaña, hasta fines del siglo pasado "el periodismo científico fue el rincón de la cenicienta para todos aquellos que no eran suficientemente buenos haciendo las páginas políticas y económicas o editando las páginas de artes o las reseñas de libros" (Dunbar, 1999: 231).

A pesar de que en las últimas décadas ha habido un mayor apoyo y desarrollo de la divulgación y el periodismo científicos, debe reconocerse que aún faltan muchas líneas que escribir, bits que grabar y audiencias que convencer para que ambas actividades dejen de ser consideradas propias del martirologio o de la labor misionera de quien lleva la palabra de la ciencia a todas las comunidades.

Una historia que falta por contar

El periodismo científico en México tiene una larga historia que se remonta a la época colonial… pero que nunca se ha contado por completo porque ha faltado el investigador que, con un trabajo minucioso y metódico, reúna todos los retazos o jirones de episodios que han conformado la más admirable trayectoria de una especialidad periodística que han ejercido destacados periodistas mexicanos.

Esa historia empezó hacia 1672, apenas cuatro décadas después de que apareció la *Gazette de France*, uno de los primeros órganos de difusión de la ciencia entre profanos, en el continente europeo, como apunta Calvo Hernando (1977: 83), quien consigna que en ese medio se presentaba una relación de las reuniones que hombres de ciencias y artes tenían cada lunes en casa de Teofrasto Renaudot.

De acuerdo con ese planteamiento de periodicidad, los *Lunarios*, publicados por Carlos de Sigüenza y Góngora hacia 1672, constituyen el primer periódico científico de habla española, en su acepción de periodicidad, ya que se publicaron de 1672 a 1701 en la entonces Nueva España. En los *Lunarios* o almanaques de De Sigüenza "se conjuga el conocimiento tanto de la medicina como de los fenómenos relativos al tiempo, para hacer importantes pronósticos de temporales para la agricultura y la navegación" (Ortiz, 2006).

Los *Lunarios* eran adquiridos principalmente por los habitantes de la capital del virreinato de la Nueva España, por lo que "creemos que los lectores de Sigüenza, peninsulares o criollos en su inmensa mayoría, e indios o castas, compartieron el mismo nivel socio cultural" (Peraza-Rugeley, 2011).

A este universo de lectores, Carlos de Sigüenza y Góngora dirigió sus almanaques, que "eran órganos para pronosticar el comportamiento de los astros y los fenómenos meteorológicos así como su posible relación con la medicina, agricultura y mar […] Asimismo, aprovechó la circulación de este género efímero pero eficiente para educar a sus lectores, para que desecharan las supersticiones astrológicas que solamente terminaban en histerias colectivas" (Peraza-Rugeley, 2011).

Por estos antecedentes puede considerarse que en México nació la divulgación científica de habla española, por lo que no es de extrañar que en el siglo XVII y en los siguientes hubiera periodistas interesados en informar sobre el acontecer científico. En un recuento a saltos (faltan investigadores que descubran el camino andado por el periodismo científico mexicano después de los *Lunarios*), pues solo tenemos documentados algunos hitos periodísticos; por ejemplo, se sabe que José Antonio Alzate y José Ignacio Bartolache fueron los principales periodistas científicos de la segunda mitad del siglo XVIII.

Lo que sí se conoce, como refiere Saladino (1996: 17), es que la prensa de la Ilustración latinoamericana "nació signada por los contenidos científicos. De manera particular otorgó amplios espacios a las informaciones de las distintas ciencias e incluso contempló rubros como los que conforman la historia de la ciencia".

Sin embargo, la integración de información científica en la prensa mexicana de fines del siglo XVIII no es únicamente producto del Siglo de las Luces, sino que forma parte de una tradición periodística, ya "en 1693 apareció de manera efímera el primer *Mercurio Volante* puesto a la luz por el eminente Carlos de Sigüenza y Góngora" (Saladino, 1996: 68).

Se trata de los gérmenes del periodismo en general y del científico en particular, aunque Saladino (1996: 18) lo subestime ya que considera que la información científica de la prensa de la segunda mitad del siglo XVIII y primera década del XIX permitieron crear la divulgación científica en América Latina y no el periodismo científico, al cual define como el "esfuerzo dedicado a interesar al público en temas de ciencia y tecnología". Pero líneas abajo señala que en esas publicaciones se cultivó el "género literario de inspiración científica que entonces se redujo a la nota informativa, la reseña y el ensayo". Por supuesto que la nota informativa es uno de los géneros in-

Del dato a la nota informativa científica

La nota informativa en el periodismo científico se rige, como en las demás especialidades del periodismo, por los mismos principios más algunas características particulares. Por lo pronto, conviene recordar que el objetivo del periodismo es "la satisfacción de nuestra curiosidad por saber lo que ha ocurrido o está ocurriendo en el mundo aunque, como sucede en la mayoría de los casos, ese conocimiento no nos permita intervenir en los hechos ni, por lo general, evitarlos" (Urabayen, 1993: 19).

Por supuesto que hay otros objetivos y definiciones pero, para los fines del manual, se procederá a desarrollar este objetivo que le sigue dando un carácter distintivo al periodismo.

Eso que ha ocurrido o está ocurriendo en el mundo podría considerarse que es noticia. Urabayen (1993: 20) define: "noticia es todo hecho de actualidad susceptible de interesar a un número amplio de personas". Sin embargo, algunos autores se rehúsan a definirla, Ferguson y Patten (1988: 57) señalan con perspicacia: "Noticia es lo que imprimen los periódicos. El que quiera conocer las noticias debe comprar un periódico y leerlo". Ahora debería añadirse que es lo que difunden los noticiarios de radio y televisión y las páginas de internet dedicadas a la información de actualidad.

Leñero y Marín (1986: 47) señalan: La noticia es un escrito veraz (porque transmite la verdad periodística sin mentir), oportuno (porque se refiere a la actualidad inmediata) y objetivo (porque no admite las opiniones ni los juicios del reportero).

En ese sentido, Edo (2012), en la compilación de Martínez Mendoza, considera que el periodista como redactor de notas informativas: "es un na-

rrador objetivo y, a la vez, un intérprete crítico que tiene en cuenta las necesidades y las exigencias de los lectores y su ecuanimidad, su honestidad intelectual, debe estar libre de sospechas. La objetividad informativa puede ser imposible al cien por cien, pero no es un tópico y, en la medida de lo posible, debe distinguir un mensaje informativo de otro cargado de opinión".

Grijelmo (2001: 31) señala contundente: "Noticia es todo aquel hecho novedoso que resulta de interés para los lectores a quienes se dirige el diario". Sin embargo, habría que recordar lo que dijo William Randolph Hearst (citado en Patterson, 2018: 56): "un editor no tiene objeciones ante hechos que también sean novedosos. Pero prefiere una novedad que no sea un hecho a un hecho que no sea novedad".

Desde otra perspectiva podría afirmarse que "Noticia es lo que alguien hace en alguna parte y no quiere que se sepa. Todo lo demás es publicidad", como ha planteado Lord Northcliffe, dueño de varios periódicos (citado en Reig, 2004: 140). Pero no hay que olvidar lo planteado por Leon Sigal (citado en Patterson, 2018: 63): "la mayoría de las noticias no son lo que pasó, sino lo que alguien dice que pasó", lo cual conduce a uno de los graves problemas del periodismo: resaltar las declaraciones de alguien, en lugar de los acontecimientos.

En un primer acercamiento, Pena de Oliveira (2011: 67) menciona el libro *Journalismo: matéria de primeira página*, de Luiz Amaral: "El autor cita la revista americana [*sic*] *Collier's Weekly*, que define noticia como 'todo lo que el público necesita saber, todo de lo que el público desea hablar', y añade que la noticia es 'la inteligencia exacta y oportuna de los acontecimientos, descubrimientos, opiniones y asuntos de todas las categorías que interesan a los lectores'".

Quiénes y cómo determinan qué es noticia es una cuestión importante de la que se han ocupado periodistas y comunicólogos. Kapuściński (2013: 112-113) asegura: "la paradoja, el drama y el peligro están en el hecho de que conocemos cada vez más la historia creada por los medios de comunicación y no la de verdad […] En consecuencia, los medios de comunicación crean su propio mundo y ese mundo suyo se convierte en más importante que el real".

Grijelmo (2012: 64), por su parte, señala una diferencia entre lo que ocurre y lo que se cuenta:

> existe una relación entre la "noticia" como hecho sucedido y la "noticia" como hecho narrado, pero no son la misma cosa aunque los nombre la misma palabra. Entre aquella y esta —como entre la verdad y su relato— pueden registrarse factores de silencio: detalles omitidos, aspectos que el informador considera irrelevantes y de los que, por tanto, no da cuenta; o directamente hechos relevantes que se decide silenciar; y siempre la presencia de un *punto de vista* del informador que se convierte en el punto de vista del lector.

Urabayen (1993: 20) aborda ampliamente el tema cuando da su definición de noticia: "Es la transmisión del hecho. Quien lo transmite ha realizado una selección entre los innumerables detalles y elementos que componen cualquier fragmento de la realidad".

En consecuencia, la información de un hecho no es tan sencilla y directa, ya que se hace una selección de detalles y elementos, y esa selección implica un juicio de valor de quien lo realiza; por lo tanto, la noticia no es nunca una transmisión directa de la realidad. X. López García (2012: 25) coincide en esta cuestión y advierte: "no se puede entender el acontecimiento como algo ajeno a la construcción de la realidad por parte del sujeto".

Por su parte, Pena de Oliveira (2011: 121) considera que efectivamente se hace una selección de hechos, pero no es obra de una sola persona, del periodista, sino de criterios de diferentes actores: "El periodismo está lejos de ser el espejo de lo real. Es, más bien, la construcción social de una supuesta realidad. De este modo, es en el trabajo de la enunciación donde los periodistas producen los discursos que, sometidos a una serie de operaciones y presiones sociales, constituyen lo que el sentido común de las redacciones llama noticia. Así, la prensa no refleja la realidad, sino que ayuda a construirla".

Pero eso no significa que el periodista esté condenado a someter los hechos a los criterios de quienes pretenden construir la realidad. En el caso de los periodistas de ciencia la situación puede ser diferente, ya que se trata de un periodismo especializado que pocos practican. En una encuesta muy limitada (16 periodistas de Argentina, Francia y Alemania), Rosen *et al*. (2016) refieren:

> periodistas de ciencia de Francia y Argentina dijeron que eran relativamente autónomos al decidir qué cubrir, si trabajaban como independientes o a

El encuentro crucial de periodistas y científicos

Todos hemos participado alguna vez en una entrevista ya sea como entrevistados o como entrevistadores, ya que es la forma más natural y tal vez la más antigua que se ha empleado para obtener información o simplemente para iniciar una conversación, como asegura Steiner (2002: 29): "Antes que *Homo sapiens* somos *Homo quarens*, un animal que no deja de preguntar. Un animal que abarrota los límites del lenguaje y de las imágenes (¿será sólo la música la que parece atravesar esos límites?) con la convicción elocuente o rudimentaria, metafísicamente arcana o tan inmediata como el llanto de un niño, de que existe un 'otro', que hay un 'afuera'".

Por supuesto que la mayoría de esas entrevistas no tiene pretensiones periodísticas, algunas son para solicitar trabajo, otras se realizan en sesiones con psicoanalistas, en consultas médicas o en reuniones con otros profesionales a quienes se les solicitan sus servicios como abogados, ingenieros, arquitectos, veterinarios, vendedores u otros más. También deben considerarse los encuentros casuales con un desconocido que pregunta por una calle, la ruta de un autobús o de quien intenta iniciar una conversación para matar el tiempo o con fines de cortejo.

Prácticamente todos los días participamos en entrevistas, hasta en las conversaciones con amigos y familiares. Tal vez por eso muchas personas consideran que es muy sencillo hacer una entrevista periodística y se internan en ese género sin conocer sus bases, únicamente con la preparación que se supone proporciona haber leído algunas entrevistas en diarios y revistas.

Sin embargo, la realidad es otra, Morales (2009) destaca la importancia del interrogatorio en la entrevista periodística: "La pregunta en el pe-

riodismo es la herramienta por antonomasia. La profesión exige un dominio cabal de sus singularidades. Baste conocer que más de 70 por ciento del material publicado en la prensa se obtiene a través de preguntas. Su manejo y empleo consecuentes definen al reportero de raza".

En efecto, la entrevista periodística es uno de los géneros fundamentales del periodismo, como precisa Halperín (1995: 9): "Todo lo que no obtiene de su experiencia directa —es decir la mayor parte de lo que escribe—, lo que no surge de los cables y despachos, de los otros medios y de los archivos, solo lo consigue sobre la base de conversaciones con infinidad de personas conocidas y anónimas. Por lo tanto, cada día el periodista entrevista casi tanto como respira".

Pero la incorporación de la entrevista como hoy la conocemos al trabajo periodístico es relativamente reciente. Según documenta Del Río (1991: 161), James Gordon Bennet, periodista de *The New York Herald*, en 1836 publicó la primera entrevista en forma de preguntas y respuestas, que hizo a la administradora de un burdel de Nueva York. Cinco lustros más tarde, Horace Greeley, de *The New York Tribune* publicó una entrevista a Brigham Young, segundo profeta de los mormones. "Pero esta forma de la entrevista disgustó a más de un periódico. La publicación londinense *Pall Mall Gazete*, expresó que 'esta entrevista a la americana es degradante para el periodista, que la hace odiosa para el entrevistado y cansadora para el público'" (Del Río, 1991: 161).

En Francia también se alzaron voces en contra de este género, pero del rechazo europeo inicial se pasó, a fines del siglo XIX, a la reconsideración de la entrevista como uno de los géneros periodísticos más importantes.

Por su parte, Halperín (1995: 293) considera que los orígenes de la entrevista como género periodístico son anteriores a los ochocientos: "en los siglos XVIII y XIX el género de la entrevista ya se había instalado en los diarios norteamericanos: primero tímidamente en *The Boston News-letter*, a principios de 1700, con una serie de entrevistas sobre la muerte del pirata Barbanegra. Y un siglo más tarde con las entrevistas policiales de *The New York Herald* y *The London Morning Chronicle*.

Por eso no resulta descabellado lo planteado por Hugh C. Sherwood hace más de cuatro décadas, quien afirmaba que cualquiera que fuese el objetivo que quisiera alcanzar un periodista, debería ser reportero y para

serlo debería ser, primero que nada, un buen entrevistador. Ahora ese planteamiento está más vigente que nunca, pues se requiere una buena preparación para llegar a dominar el raro arte de preguntar.

Para ser un buen entrevistador debe saberse qué es una entrevista periodística, porque hemos escuchado conversaciones entre conductores de noticias y políticos, deportistas, artistas del espectáculo, científicos e intelectuales, que no llegan a ser una entrevista, sino una oportunidad de lucimiento del entrevistado, en el mejor de los casos, en el peor el entrevistador pretende parecer conocedor de los temas y hasta emite su opinión.

Ahí está el problema, porque en una entrevista periodística el entrevistado aporta nuevos datos sobre un acontecimiento, información relevante sobre una investigación o sobre su propia vida, gracias a las habilidades del entrevistador, por lo que la agencia de noticias de la CBS (citada en Ibarrola, 1986: 17), resalta su finalidad: "obtener información de la persona entrevistada, por información debe entenderse no solo los 'hechos' objetivos y posiblemente sujetos a comprobación, sino también el tono, los motivos, las actitudes, que a su vez, pueden llevarnos a nuevos hechos e información. Por eso el entrevistador debe estar alerta para descubrir nuevos aspectos en la entrevista".

El entrevistador debe, sobre todo, salvar una seria contradicción para obtener buenos resultados según considera Bauducco (2008: 7): "la entrevista es una charla que, en la mayoría de los casos, se desarrolla en privado y posteriormente se convierte en una conversación pública. Y además, se realiza generalmente entre dos personas que no se conocen y una de ellas somete a la otra a un interrogatorio, pretendiendo saber cosas que —usualmente— la otra no le cuenta a los demás".

Una concepción semejante es la de Halperín (1995: 13) que describe una atmósfera parecida: "La entrevista es la más pública de las conversaciones privadas […] El sujeto entrevistado sabe que se expone a la opinión de la gente. Por otra parte, no es un diálogo libre con dos sujetos. Es una conversación radial, o sea centrada en uno de los interlocutores, y en la que uno tiene el derecho de preguntar y el otro el de ser escuchado".

Martínez Vallvery (citado en Robles, 2001: 66), en una definición más académica señala: "Se trata de un conjunto de actos de habla: por parte del periodista el interrogatorio y por parte del entrevistado el constatativo

La gesta científica y sus cantares

Los cantares de las gestas científicas se realizan en el periodismo científico —fundamentalmente— por medio del reportaje, en el que se ponen en juego las destrezas, habilidades, cultura, temple, ingenio, temperamento y creatividad del reportero.

En el reportaje, más que en cualquier otro género, lo más importante no es el tema, los entrevistados ni los datos o investigaciones realizadas, sino el reportero, pero el reportero no como protagonista, sino como profesional que con toda la información disponible, mucha o poca, contenida en testimonios directos, documentos, videos, audios, fotografías, páginas web, esquemas, gráficas y cuadros estadísticos, entre otros materiales, logra modelar esa información para transformar una pila de datos en un gran reportaje, no por sus dimensiones sino por su forma y contenido, ya que no siempre los mejores reportajes son los más extensos.

El reportero, entonces, es quien hace los reportajes, que son considerados el género rey del periodismo, por lo que "solo el reportero es quien merece a cabalidad el crédito de periodista. El reportero como testigo de lo que ocurre en el presente inmediato; el reportero como buscador y desentrañador de la realidad", según lo define Leñero (2010: 66).

El reportaje, por lo tanto, reúne características que lo distinguen de la nota informativa, la entrevista, la crónica y el periodismo de opinión, pero a su vez se conforma de ingredientes de esos géneros, así como de técnicas de investigación, por lo que se ponen a prueba todos los conocimientos del periodista. Podría decirse que es el género que demuestra al receptor las capacidades y características estilísticas del reportero, que

lo consagra como un periodista, pero solamente hasta que aparezca su siguiente reportaje, ya que se dice que un periodista vale por su más reciente trabajo publicado.

Esta afirmación podría parecer un tanto cruel e ingrata, pero es válida en esta y muchas otras profesiones, en que el profesional debe estar actualizándose constantemente para mantener un buen nivel de calidad. En cada trabajo el reportero demuestra su profesionalismo y pone en juego todas sus habilidades, destrezas y conocimientos para obtener información valiosa y oportuna que, con un estilo periodístico-literario, presentará a sus receptores para que tengan más elementos de juicio para interpretar determinado hecho o situación.

En el reportaje, tal vez más que en ningún otro género informativo, tanto la investigación (contenido) como la redacción (forma) deben estar en un equilibrio armónico. Martín Vivaldi (1993: 65) refiere sobre el particular que el reportaje es un: "relato periodístico esencialmente informativo, libre en cuanto al tema, objetivo en cuanto al modo y redactado preferentemente en estilo directo, en el que se da cuenta de un hecho o suceso de interés actual o humano; o también: una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor-periodista".

Riva Palacio (1990: 65), con conocimiento de causa plantea que "es literatura bajo presión" y argumenta: "Considerado rey de los géneros periodísticos, el reportaje debe incorporar la noticia, la entrevista, la investigación y la literatura, de tal manera que atrape al lector y lo lleve hasta el epílogo del texto". De la conexión del reportaje con la literatura también se ocupa Grijelmo (2001: 65), quien define al reportaje como

> un texto informativo que incluye elementos noticiosos, declaraciones de diversos personajes, ambiente, color, y que, fundamentalmente, tiene carácter descriptivo. Se presta mucho más al estilo literario que la noticia […] Una novela entera puede escribirse con la técnica del reportaje; incluso un reportaje puede convertirse en una novela de hechos reales (por ejemplo, *Noticia de un secuestro,* de Gabriel García Márquez).

En coincidencia, Leñero y Marín (1986: 185) consideran que: "el reportaje se sirve de algunos géneros literarios, de tal suerte que puede estructurarse

como un cuento, una novela corta, una comedia, un drama teatral". Tal vez sea muy arriesgada esta afirmación, pero sí hay una relación estrecha entre el reportaje y la literatura, como lo han demostrado Ernest Hemingway y Gabriel García Márquez, así como los representantes estadounidenses del nuevo periodismo: Tom Wolfe, Truman Capote y Norman Mailer, entre otros. Albert Chillón en su libro *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, documenta esta relación (citado en X. López García, 2012: 123): "Cuesta imaginar qué habría sido del realismo novelístico moderno sin el reportaje periodístico, qué habrían escrito Daniel Defoe, Charles Dickens, Josep Pla, James Agee, Ernest Hemingway o John Dos Passos si no hubiesen podido aprender la artesanía y el arte de la escritura mediante el ejercicio crítico y creativo del periodismo".

El propio X. López García (2012: 109) abunda al respecto: "Las complejas y diversas relaciones entre la cultura periodística y la cultura literaria, que han caracterizado la evolución histórica de periodismo y literatura, encuentran en la realización del reportaje un campo abonado para explorar el amplio género del relato de no ficción".

Ese amplio género del relato de no ficción ha sido explorado por los cultivadores del nuevo periodismo estadounidense —como ya se anotó— y por otros reporteros, con el cuidado de no dejar lugar a dudas de que lo ahí narrado se corresponde con la realidad, para que no se entreveren ficción y realidad, como acertadamente señala Romero (1996: 25):

> El lector de estos relatos periodísticos sabe que lo relatado en ellos tiene su referente en el mundo real, por ello si en alguna ocasión tiene dudas sobre su veracidad, puede acudir al mundo real para comprobar lo dicho por el narrador. Esta posibilidad no se la plantearía el lector del relato de ficción, puesto que su centro de atención está en el mensaje, al que acude por gusto y no por el afán de ampliar sus conocimientos.

A la calidad literaria del reportaje deben añadirse, por supuesto, sus rasgos esenciales. En la definición etimológica del término, Martín Vivaldi (1993: 65) escribe que reportaje es "voz francesa de origen inglés y adaptada al español, proviene del verbo latino *reportare*, que significa traer o llevar una noticia, anunciar, referir, es decir, informar al lector de algo que el reportero juzga digno de ser referido".